



guna de las dos ya estaban y, aunque hubiesen estado, no lo hubieran entendido.

-No, niña, no lo habríamos entendido porque por qué se tenía que sentir avergonzado, ¿eh?...Todas aquellas penalidades, tuyas y de los que compartían el bidón, habían sido para que nosotros y tantos como nosotros, todos los que siempre habíamos sido los supeditados, los de abajo, dejásemos de serlo y, ahora, después de todo aquello, él volvía y porque sabía leer y escribir y pensar ya no era de los nuestros...de los suyos, porque yo ya no...ni su hermana.

-¡Si hubierais estado!, pero ellos eran tan.

Pero, no. es verdad que ellos eran muy pero no es cierto, hija, que la abuela me reprochara nada. Ella sabía, notaba, que tu tía - su única hija - y yo éramos muy distintos de su marido y del resto de nuestros hermanos "parecéis de otra raza" pero no dijo jamás una palabra, nunca que "aquellas penalidades" fuesen, precisamente, por distanciarme de ellos, por resaltar más las diferencias si no estaban ya siendo por sí solas demasiado abismales; ni una palabra y no porque ya no estuviera, como no lo estaba, es que de cualquier modo había sido de siempre una mujer muy callada.

-¿Y no lo fueron?

-¿Qué?

-Por distanciarte.

Ya no lo sé. A mi hija le digo que ya no lo sé y es hasta posible que no le esté mintiendo. La diferencia ya estaba marcada y, las distancias, medidas desde que aquella mañana dijeron "pues que venga el cabrero, que a ver si con leche de cabra" pero no dio resultado y ya nunca, ya nunca fui de mayor a la era salvo para leer a la sombra de un paraguas atado de un mástil de mi invención al carro y "¡pero sujeta las riendas!", "¿qué riendas?", ni me mandaron a recados a la camarilla ni al desván, ni subí al pajar y con dificultad a otra cosa que a jugar con los gatos. Nunca más.

-Nunca más, niña, y que fueras a mirar el reloj; era domingo por la mañana y, en casa, para saber la hora había que mirarla en el reloj pequeño de sobre la mesilla de noche.

-¿Los otros días de la semana no?

-Él no. En el banco, llevando las cuentas en sus libros de cuentas, era la hora del banco; y para sus hermanos en el